

LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA

La guillotina ha vuelto a funcionar en Francia. A las 5,15 de la madrugada del 28 de noviembre, en la prisión de La Santé, el verdugo cortó la cabeza de Claude Buffet; a las 5,20, la de Robert Bontemps. Su crimen había sido particularmente odioso: cumplían condena en la prisión de Clairvaux, intentaron fugarse y se apoderaron de dos rehenes. Quisieron negociar con las autoridades; éstas rechazaron el diálogo, y los presos degollaron a los rehenes. Eran un guardián de prisiones, de veinticinco años, y una enfermera, de treinta y cinco. Pompidou había indultado desde su mandato —junio, 1969— a todos los condenados a muerte. Su decisión de firmar la ejecución de los asesinos Buffet y Bontemps ha sido muy difícil de tomar. Le ha ayudado la opinión pública: en una encuesta, se ha mostrado a favor de la ejecución por más de un sesenta por ciento. Y, como dice la fórmula francesa, «justice est faite». Desde hacía tres años y medio, la guillotina no funcionaba en Francia, que presumía de que, si bien no había abolido la pena de muerte, el no cumplirla nunca era una equivalencia. Estas dos ejecuciones son una regresión.

* * *

En otros países hay también una tendencia al regreso a la pena de muerte. No parece que haya habido en la mayor parte de ellos una razón que justifique esta regresión. Los argumentos son, a veces, puros sofismas, como los de «The Spectator» (Londres, 18 de noviembre), que entiende que la cadena perpetua es más dolorosa y menos humana que la ejecución. Y considera que una ejecución de pena de muerte «rápida, limpia, decorosa e indolora» no es desechable. En Londres acaba de ser condenado a detención perpetua, con la recomendación del juez de que en ningún caso su estancia en presidio sea menor de treinta años, el culpable de un crimen también particularmente odioso: un miembro del IRA que en el pasado mes de febrero depositó una bomba en Aldershot y causó siete muertos inocentes. Tiene cuarenta y dos años: cuando salga de prisión, si cumple el mínimo de treinta años solicitados por el juez, tendrá setenta y dos.

* * *

Es muy posible que la recrudescencia del terrorismo, de la retención y a veces ejecución de rehenes inocentes y civiles haya producido ese movimiento de regreso a la pena de muerte que marca, por lo menos, una contención en la larga marcha abolicionista que se advierte desde que terminó la guerra mundial, por lo menos en los países de mayor desarrollo. En otros ha habido algún encubrimiento hipócrita: la abolición constitucional de la pena de muerte y el asesinato por brazos paralelos de algunos acusados o perseguidos. Como, por ejemplo, en la «Escuadra de la muerte», del Brasil. Hay también una campaña considerable para lo que se llama «el refuerzo de la ley». Consideran en algunos países —sobre todo en los Estados Unidos— que los jueces son demasiado suaves en la aplicación de las condenas. Esto puede ocasionar un grave movimiento hacia la rigidez indiscriminada en las penalizaciones de todo tipo, que puede llegar a alterar los perfiles de la sociedad.

* * *

En Francia, cinco días antes de la ejecución de los asesinos de Clairvaux, ha ocurrido un suceso que merece alguna atención. Un niño de catorce años se ha suicidado. La historia comienza en 1968. La señora Hurier, madre de nueve hijos, estaba separada de su marido. Tenía que trabajar para sostenerlos. Mañana y tarde trabajaba de mecanógrafa; a última hora y por la noche, como asistente. Su trabajo de mecanógrafa falla por la vista: necesitaba gafas y no tenía dinero para comprárselas. Se decidió a adquirir unas mediante un cheque, un cheque de 75 francos —poco más de mil pesetas—, pero sin tener provisiones. El óptico la denunció; juzgada en 1970, fue condenada a dos meses de prisión. La señora Hurier no se presentó: no podía abandonar su trabajo ni su familia. La condena fue duplicada a cuatro meses: el 25 de septiembre pasado, los gendarmes se presentaron en su domicilio y la detuvieron. Sus hijos quedaron abandonados. Uno de ellos, de catorce años de edad, sólo ha podido resistir dos de los cuatro meses que debía pasar su madre en la cárcel. En la madrugada del 22 al 23 de noviembre, se tomó un tubo de barbitúricos y murió.

La justicia ha tenido en cuenta esta circunstancia. El día siguiente de la muerte del niño, el juez encargado de la aplicación de penas del Tribunal de Amiens la ha dejado en libertad.



HAY UN FORD EN SU FUTURO

«Siete ciudades se disputaban la patria de Homero», dice el texto clásico: diez provincias españolas se disputan la casa Ford, que va a implantar una gran factoría en España. Es la importancia de los mitos culturales. Ford lo es, con un poco más de fuerza que Homero. El modelo T de 1908-1927 (en 1927 llegó el modelo A) está profundamente anclado en el inconsciente colectivo español. Todavía se ven por esos campos algunos motores que sacan agua de un pozo; el campesino explicará, con emoción, que es el de un modelo T de su padre o de su abuelo. Lo más maravilloso es que algunos no son T, ni siquiera son Ford, pero se nos muestran siempre como si lo fueran. Si toda mujer lleva dentro del corazón un niño dormido, como cantaba Martínez Sierra en «Canción de cuna», todo gobernador civil lleva un Ford dentro de su alma: el que tuvo o el que dejó de tener. Y ahora escribe su carta: «Querido Henry Ford II, regalaré a usted terreno y le daré las máximas facilidades para...».

«¡Ponga un Ford en su futuro!», dice el anuncio de la casa. El mito cultural tiene muchas resonancias españolas. Por ejemplo: la General Motors es una república, la Ford es una monarquía. El viejo Ford —Henry Ford I— era una de las mentalidades conservadoras más fuertes del mundo, y a él se debe un libro como «El judío internacional», que fue «best-seller» en España cuando los gobernadores civiles actuales pasaban por su aprendizaje de militares. Otros, como «Things I been thinking about», o «Moving Forward», han tenido menos lectores: no eran tan morbosos. Su hijo Edsel estuvo aplastado por la sombra del padre, y murió antes que él. Pero el nieto, Henry Ford II, fue educado para rey. Para dar el paso de la autocracia a la monarquía constitucional. Desde niño le rodeaban los «gorilas», los «guardias de Corps» —el Chicago de los «gangsters» estaba cerca de Detroit— y apenas podía salir de la mansión palaciega de la familia. Estudió algo de ingeniero, pero no hace falta ser ingeniero

para dirigir la Ford, sino sociólogo: la enseñanza se la daría la Universidad de Yale, pero sobre todo, el escalafón real, tradicional: desde engrasador auxiliar en una factoría hasta presidente. En el reino hubo motines, hubo

huelgas. Había terminado la segunda guerra mundial y la casa Ford no tenía encargos del Ejército. Henry Ford I abdicó, le sucedió el joven rey sociólogo Henry Ford II. Vino la monarquía social, liberal. Henry Ford I era capaz de romper una huelga; Henry Ford II era capaz de negociarla. Era capaz de entenderse con los Sindicatos. ¿Qué les prometía? El desarrollo, la expansión. Y con ello, la mejora de vida para todos: si la casa Ford gana más dinero, sus obreros ganarían más dinero... Un aumento inicial de salarios era, en principio, una prueba de buena voluntad para el futuro. ¿Qué pedía a cambio? ¿Que no hubiera huelgas! Las huelgas dificultarían la expansión y, por consiguiente, las mejoras de nivel de vida de sus súbditos. Los jefes sindicales pactaron. No todos los obreros estuvieron de acuerdo en Detroit, pero sus huelgas se consideraron desde entonces por los Sindicatos como no autorizadas, como salvajes, como huelgas: podían ser reprimidas legalmente por la Policía o por los despidos. O por la lista negra. Las huelgas-huelgas, para la república: para la General Motors, para los otros fabricantes de Detroit. Y así el joven rey firmó alianzas con el mundo, se implantó en Europa, elevó su reino al cuarto lugar del mundo en la lista general, aunque no haya podido evitar que la república General Motors ocupe el primero. Y así tiene 21 fábricas, 15 navíos, flotas de aviones, ejércitos de obreros y 200.000 hectáreas de bosques y minas en el mundo.

Máximo, el fino humorista de «Pueblo», sospecha que estamos reviviendo escenas de «¡Bienvenido, Mr. Marshall!». Pero, ¿quién se fia de los humoristas? La leyenda, el mito, los arquetipos, el inconsciente colectivo es lo que cuenta en la historia de los pueblos. Lo demás es su vida. ■

POZUELO